

## MIGUEL ÁNGEL ORDOVÁS

Miguel Ángel Ordovás es de Zaragoza. Fue uno de los fundadores de la colección Drume Negrita. Ha publicado dos libros de poesía: *Poemas Evónimos* (Prensas Universitarias de Zaragoza, 1996) y *Gentes del Crepúsculo* (Lola Editorial, 2003), y un libro de relatos, *Vísperas de nada* (Certeza, 2007).



## PERI PHAINÓMENA

“Vuelve con el escudo, o sobre el escudo”, les gritaban para enardecerles mientras salían en formación hacia la guerra, atronando con sus pasos al unísono y levantando polvo adrede. Y con el escudo volvía, impulsado por la velocidad que le daba el regresar con vida en vez del ímpetu guerrero de la ida. Volvía apretando los dientes, sin mirar a los otros compañeros que, pocos, devoraban con sus piernas la distancia hasta sus casas, sus familias, sus amigos y vecinos, en una carrera que había designado a los vencedores en la salida, y no en la meta.

No siguió ningún ritual cuando entró en la ciudad, tan orgullosa de sí misma que ni murallas necesitaba para afianzarse. Dejó atrás al pelotón de los otros soldados, y con el escudo en una mano y la espada en la otra, se fue derecho a su casa. Parecía que iba a asaltarla, y hasta su sombra tenía dificultades para seguirle de tan deprisa que marchaba. Cuando llegó tuvo un estremecimiento muy leve y muy profundo de extrañeza al encontrarse con un recuerdo amigo. Y entró como lo hubiera hecho un toro de Micenas.

Entre la penumbra se oyó un rumor como al pasar la mano sobre un saco de arpillera. Se quedó de pronto quieto, jadeante y atento, adiestrado para enfrentarse a lo que fuera. Aunque tal vez no a lo que vio: un bulto que se escondía de la luz que entraba por la puerta abierta a sus espaldas, por detrás de otra figura más clara, más temerosa y más conocida para el

recién llegado: su mujer, tapándose tras una manta espartana el cuerpo desnudo, y escondiendo con él otro cuerpo del delito. La rabia le salió toda por la boca al soldado:

—Pero, ¿qué está pasando aquí? —preguntó sin querer oír de verdad la respuesta. Su mujer se quedó quieta como una estatua mientras su compañero entre lienzos dudaba entre mostrarse o estarse quedo, y la indecisión lo hacía aún más torpe. Unos instantes de silencio espeso, y la mujer sólo llegó a decir:

—Esto no es lo que parece... —sin mucha convicción, porque el soldado llegó hasta la pareja adúltera de un salto, y entonces se percató de que había vuelto con el escudo, y la espada. De un golpe levantó la manta y se encontró detrás del cuerpo de su esposa —cuya desnudez le trajo pensamientos escabrosos— a otro hombre que, aunque en aquel momento más pareciese un perrillo tembloroso, le había quitado a su mujer. El amante se había encogido cuanto sus articulaciones le permitían, y gemía sin apenas ruido, con la cara casi entre las rodillas. El marido soldado no hubiera tenido piedad de un hombre así en el campo de batalla, y tampoco la tuvo en su lecho marital. Con un giro seco de muñeca le cortó el gáznate, y en ese momento de rebanarle el cuello, su víctima le miró, ya sin posibilidad de explicarse.

—Epicarmo... —susurró el soldado ultrajado, reconociendo al arrebatador de su honra. Era el herrero cuyo taller estaba tres puertas más allá de donde la pareja vivía, cuya cojera lo hacía inútil para la guerra, pero que respetaba su pericia bien útil para pertrechar a los soldados. Hasta la espada que lo había liquidado había salido de sus manos. Y en verdad que se trataba de una buena pieza.

—Esto no es lo que parece... —repetía la mujer, a quien la visión de aquella ejecución había dejado como en trance, y lloraba de rodillas, sin preocuparse ya de cubrirse la piel estremecida. Su voz quejumbrosa puso de nuevo en alerta al soldado, que por un momento se había olvidado de que

su traición era cosa de dos. La miró, y la vio como un animal desvalido que ha caído en una trampa y no sabe bien cómo escapar de ella. No quiso alargar más su sufrimiento, y le atravesó el pecho con la espada en un solo movimiento.

No había sido una escena ruidosa, y el sigilo con el que los amantes habían fraguado su idilio se mantuvo hasta el final; sin embargo, algunos vecinos se habían acercado hasta la casa, y ya se asomaban por la puerta, que había quedado abierta. Dentro, yacían los cuerpos mondos de la esposa y el amante, con el marido de pie separándolos, meditabundo y con la espada bien ensangrentada todavía en su mano diestra.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alguno.

La escenografía era clara, así que enseguida hubo otro que supo resumir los acontecimientos:

—Belitri ha vuelto de la guerra, se ha encontrado a su mujer en la cama con Epicarmo, y los ha matado.

Satisfecha su curiosidad, y ante un hecho así, los vecinos se encogieron de hombros y se dieron media vuelta. Había cosas que hacer, y el día aún tenía muchas horas por delante. Y Belitri se quedó ahí, quieto como una estatua mítica, bajo la única mirada de un Eros cruel y niño caprichoso, sin que nadie quedase para recriminarle la acción, aunque tampoco para mostrarle su comprensión. Pasaron minutos antes de que decidiera salir por donde había venido, y abandonar la ciudad donde había tenido su casa hasta ese momento.

Anduvo por los caminos, anduvo por sendas que él mismo creaba con sus pasos, anduvo hasta no saber cómo se conjugaba el verbo andar. En su puño apretaba todavía el escudo que le demostraba que estaba aún vivo. Vagó horas y días antes de que en su mente comenzara a dibujarse un itinerario: dejaría atrás esas tierras e iría hacia las grandes ciudades. Se le ocurrió que oculto entre la gente se le haría más llevadera la amargura que

aquella traición le había causado. El camino era largo, pero no tenía prisa, y tampoco le importaba mucho si llegaría al fin. Lo más urgente en ese instante era dejarlo todo atrás.

Pero las fuerzas comenzaron a fallarle días después, ya que su único alimento había sido el polvo. Al llegar a un repecho le pareció oír ruido como de voces. Aguzó el paso y apretó el oído hasta que se cercioró de que había alguien por allí cerca. Al poco vio la casa, el pozo y el rebaño que decoraba un pedazo de paisaje por lo demás muy pobre. Se le iluminó la cara por primera vez en todo aquel tiempo, y en un suspiro llegó a la entrada. No había puerta, así que se metió en la casa con la decisión de quien necesita un refugio.

A la pareja de pastores que allí vivía se le heló la sangre con la visión de aquella aparición inesperada, un hombre cubierto por el polvo de los días, con un escudo en la mano y riéndose, que era lo más parecido a uno de los muchos dioses absurdos que podían bajar hasta el mundo terrenal para atormentarles. Estaban aterrorizados, y sus caras rezumaban un horror que Belitri no supo a qué venía al principio. Pero enseguida comprendió que él era el causante de pavor tal, y sin dejar de reír les gritó:

—¡No es lo que parece! ¡Esto no es lo que parece! —y la pareja pareció sosegar al oír estas palabras, precisamente lo contrario que le sucedió a Belitri, a quien le abrían las heridas del recuerdo. Agitó ante ellos el escudo como si fuera un abanico, y aparte de llenar todo de polvo, ahuyentó sus recelos. El pastor y la pastora pasaron de tener un miedo cerval a un temor reverencial.

—¿Eres un dios? —preguntó en un susurro el pastor. Belitri, que se había quedado muy serio, volvió a sonreír.

—No, no lo soy —respondió—. Sólo soy un hombre.

Esa frase alivió tensiones. Resultó que la pareja se había instalado en aquel lugar hacía poco, forzada por las costumbres del pueblo del que pro-

venían. Habían llevado con ellos un pequeño rebaño de ovejas, e iban sobreviviendo como podían. Dieron de beber a Belitri, y después de comer. Al final de la comida, ella le llevó unas flores encarnadas a Belitri en un cuenco, y se las ofreció para que las tomara. El huésped las miró al principio con recelo, pero luego recordó que en algunos sitios era ésta una forma del mayor agasajo hacia los visitantes; las cogió lo más delicadamente que pudo y se las llevó a la boca. Tenían un sabor perezoso pero intenso, que llenaba toda la boca. Antes de que pudiera decir nada, la pastora le explicó:

—El agua del pozo tiene un gusto muy malo, y cualquier cosa que cocinamos lo coge. Por eso, después de cada comida tomamos unas pocas de estas flores, para combatir ese mal sabor.

Y Belitri asintió muy en silencio. De hecho, no dijo ya una palabra en lo que quedaba de día. Al recostarse a descansar le volvió a la memoria su entrada en aquella casa que tan feliz parecía, y cómo había tenido que calmar a sus anfitriones. “Esto no es lo que parece”, le resonaba en la cabeza como si la tuviera hueca. No esperó a que se hiciera del todo de día, y asegurándose de que la pareja todavía dormía, cogió de nuevo el escudo y se marchó de allí sin despedirse ni hacer ruido. Le quedaba un largo y corintio camino, y el no saber su duración exactamente le hacía más lejana aún su conclusión.

Pero llegó un día en que su incansable caminar le llevó hasta el mismo ombligo de todo el mundo, la urbe que no era ciudad, sino todo un estado. Belitri sabía que tarde o temprano se daría con ella, o contra ella, y cuando a lo lejos la vio exhibir sus construcciones elevadas, sobre las colinas, tragó saliva con resignación —que se le hizo barro en la garganta por el polvo del camino— y apretó el paso y los dientes sin perder un punto de resolución. Pero en cuanto entró en aquel guirigay de gentes se le abrieron los ojos y la boca como si un par de demonios tirase de ellos en direcciones opuestas. Ni siquiera cuando, formando parte del ejército, se había integra-

do en las innumerables falanges que habían luchado contra sus enemigos, había tenido tal sensación de que el mundo estaba lleno de personas. Aunque era también posible que el riguroso orden marcial bajo el que tanto tiempo había vivido, en donde las amistades se contaban por número de filas, hiciera parecer más apabullante al informe amasijo de seres que daban vida a las calles de esa ciudad.

Se metió en circulación con el resto de la gente como si entrase en un zarzal, lleno de precauciones. Le faltaban ojos para contemplar todo lo que allí se le ofrecía, y entendimiento para asimilar tanta información. Pasó por delante de mujeres que se le reían con picardía en la cara; pero Belitri no se fijaba en sus rostros, sino en sus túnicas de telas más sutiles que la brisa. Unos metros más allá divisó otro grupo, éste de hombres, que lo miraron con la insolencia de la lejanía; no quiso fijarse mucho en ellos, y continuó avanzando recto. Las calles parecían no querer terminar, y unas desembocaban en otras, como en un juego de urbanismo sin reglas ni cartabones. Deambuló por los alrededores de un mercado, donde el griterío era aún mayor, y en distintas lenguas, para mayor turbación de Belitri. Unos cestos repletos de fruta más apetitosa que las mujeres que había visto antes le recordó que era ya hora de comer algo. Alargó la mano sin malicia que antes portaba la espada —ahora la llevaba enfundada, porque no quería parecer un bárbaro— para coger una de aquellas frutas, pero el avisado mercader le caló como un rayo.

—¡Eh, tú! —le gritó—. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Robarme?

Y como eso era lo que Belitri iba a hacer, pero nunca se rebajaría a confesarlo, bajó la cabeza y se fue despacito, sin querer que se le notase.

Ya no le hizo gracia el rumor multitudinario, ni que las caras de quienes andaban por la calle cambiasen varias veces antes de llegar a la siguiente esquina. El único alivio que le quedó es que allí no era nadie, y que nadie se preocupaba por sus problemas, lo cual quería decir que no debían ser tan

graves. Hasta que una congregación singular le llamó la atención. Lo mismo que los mercaderes, estaban colocados en círculo, y también se les veía hablar mucho, como a ellos. Pero no había género a la vista que vendiesen, y en sus peroratas parecían guardar un cierto orden: hablaba primero uno, y luego otro, y otro más tarde. Era una especie de representación teatral, aunque sin escenario. Belitri se fue acercando hasta que se mezcló con el resto de espectadores, o actores. Eran hombres todos, y aunque abundaban los ya provecos, también podía entreverse a algún que otro jovencito que, no obstante, nunca hubiera osado colocarse delante de los mayores. A Belitri sí le dejaron sitio en la primera fila, sin ni siquiera preocuparse él por demandarlo. Uno de los que entonces hablaba, usando un tono resonante y lleno de gestos, se percató del nuevo espectador. Interrumpiendo su discurso se le quedó mirando, y el silencio que acompañó a esa mirada resultó más elocuente que todas las palabras que esa mañana había pronunciado. Belitri tampoco quiso hablar, porque pensaba que con las armas que llevaba encima —la espada, el escudo, el semblante— era ya suficiente para aclarar sus acreditaciones.

—Y tú, ¿de dónde sales? —preguntó por fin el orador con tono burlón. Hizo una pausa, y como el otro no contestaba, siguió preguntándole:

—¿Has venido a aprender a luchar con las palabras? —y luego, echándole de largo una mirada a la espada envainada y al escudo calado, remató: —¿Es que no sabes usar las armas que llevas?

Se levantó un murmullo de aprobación ante aquellas frases. Pero Belitri no estaba de acuerdo: siguió callado, y únicamente avanzó un paso hacia su dialéctico contrincante, sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿Entiendes mi idioma? —le preguntó al soldado gritándole con insolencia—. O mejor, ¿entiendes algún idioma?

La gente rió ya sin disimulo la ocurrencia del retador, que se decía discípulo de Gorgias el sofista. No así Belitri, que avanzó otro paso, de mane-

ra que su aliento se mezclaba ya casi con el del otro. No había echado aún mano al cinto donde la espada parecía querer salir de paseo. Sólo dijo una frase, que salió con dificultad entre sus dientes con fiereza.

—Los cadáveres de los hombres que he matado formarían una montaña. No quieras ser tú uno más de ellos —el fuerte acento que tenía le quitaba algo de rotundidad a sus palabras, pero a pesar de todo sonaban suficientemente amenazadoras.

—¿Ah, sí? —respondió el sofista sin inmutarse—. ¿Cuántos cuerpos hacen falta para hacer una montaña?

Aquella pregunta pilló por sorpresa a Belitri, y lo peor de todo es que dejó que se le notara. Así que el sofista aprovechó que estaba con la guardia baja:

—¿Eres tú un hombre? ¿Podrías formar parte de una montaña de hombres?

—Soy un hombre —esta vez sí que respondió raudo Belitri.

—¿Seguro? ¿Y quién lo dice, aparte de ti mismo? ¿Tienes una mujer que nos lo pueda corroborar? —el sofista sabía lo que se hacía, y con esa frase y el gesto que la acompañó involucraba a la audiencia, que seguía encantada los derroteros del duelo. Pero el comentario no le fue nada grato al aludido, a quien el odio le rebosaba ya los párpados.

—La tuve, la tuve —se defendió sin darse cuenta de que entraba a donde su contrincante quería que fuese precisamente—. La tuve, aunque no sé si al final se hizo merecedora de que pudiera llamarla esposa.

—¿Cómo? ¿Tuviste o no una esposa? —el sofista se estaba divirtiendo.

—La tuve, pero me engañó —confesó Belitri—. La sorprendí con otro, y encima quería negar las apariencias.

—¿Qué me dices? —preguntó el otro, fingiendo afligida sorpresa—. Pero tú sabes que las apariencias no engañan, ¿verdad?

—Así es.

—Y sorprendiste a tu mujer en una apariencia evidente.

—Tú lo has dicho.

—Entonces, si era innegable la apariencia de tu mujer, y las apariencias no engañan, tu mujer no te engañaba —concluyó el sofista para regocijo de los espectadores, que jalearon la ocurrencia con risotadas de gloria. El jolgorio fue lo que espabiló la ofuscada mente de Belitri, que de pronto se encontró con un tipo enfrente que, sabiéndose triunfante, le sonreía con sarcasmo y soberbia.

—Anda, infeliz, márchate por donde has venido, y déjanos luchar entre nosotros con armas más peligrosas que las tuyas —le dijo con un tono displicente—. Aquí no estamos indefensos. Esto no es lo que parece.

Esa última frase fue como la contraseña que hubiera estado esperando. Apretó los puños y ni siquiera se molestó en desenvainar la espada: un brusco y fortísimo golpe con el escudo en la cara del sofista le saltó los dientes y le hizo caer al suelo. Allí, Belitri lo remató aporreándole la cabeza hasta que dejó de moverse. La súbita acción dejó sin capacidad de reacción a todos los presentes, que tampoco se hubieran animado a hacer mucho de haber podido. Sosteniendo todavía el escudo goteante, Belitri miró en derredor suyo; nadie osó aguantarle la mirada.

—¿Alguno más quiere convencerme de que esto no es lo que parece? —les gritó. Silencio.

Le dejaron pasar sin problemas cuando salió del corro. Sin volver la cara, ni siquiera para echarle un último vistazo a los restos del sofista, se alejó con pasos firmes y desapareció de la vista de todos los presentes.

No así de sus memorias, ya que durante los días siguientes, y aun semanas, el único tema de aquel corrillo de rétores fue el suceso con el extranjero. Y poco a poco se fueron matizando los detalles, y la historia fue creciendo en amplitud y profundidad, como no podía ser menos cuando quienes la recordaban se dedicaban a manipular las palabras. Muchos años más tarde, uno de aquellos jovencitos que, sin entidad entonces, habían sido

testigos de lo sucedido conservaba todavía en su memoria los hechos de esa mañana. Y como no había sido suficiente para hacerle aborrecer de la filosofía, escribió en el ocaso de su vida una relación de todos los sabios que habían aportado algo a tan noble disciplina, en la que se mencionaba a Belitri en estos términos: “Belitri procedía de Laconia, y era por ello de pocas palabras. No dejó escritos, pero fue famoso y nombrado por su enérgico enfrentamiento contra los sofistas que negaban la apariencia del mundo. No quiso tener discípulos, pero sus opiniones fueron recogidas por muchos que le siguieron”.

Spinoza, Kant y Schopenhauer, entre otros, se interesaron por él, y lo citan en varias de sus obras.